

CVLTVRA

SELECCION
DE BVENOS
AVTORES 2

ANTIGVOS
Y
MODERNOS

DIRECTORES
AGVSTIN LOERA Y CHAVEZ
JVLIO TORRI

IGNACIO M. ALTAMIRANO

DISCURSOS, CRITICA.

SELECCION Y PALABRAS

DE CARLOS PELLICER C.

·TOMO II · MEXICO NVM. 2

CULTURA

SELECCION DE BALNOS ANTIGUOS DE VICTORIA & MONTENEGROS

DIRECTORES AGUSTIN LOERA Y CHAVEZ JULIO TORRI

IGNACIO M. ALTAMIRANO

DISCURSOS CRITICOS

SELECCION PALABRAS

DE CARLOS BELINCE

Diciembre 19 de 1916.

IMPRESA VICTORIA. 49 VICTORIA 92.



PALABRAS

Poseyó una alma inmensa, tan vasta, que cupieron en ella, además de egregias dotes, el orgullo y el odio. Indígena legítimo heredó la voz soberana de la selva y la fealdad de los peñascos vírgenes; su tristeza es fría porque era un escéptico; por eso sus poemas no son altísimos.

Victoriosa y resonante fué su elocuencia magnífica, de idea profunda y llena de sabiduría, la envolvió en la ola de la elegancia sincera y su eco fué a veces al corazón de las sociedades desviadas y otras a loar el recuerdo de los hombres y de las cosas insignes. Es uno de los grandes patriotas y oradores de América. La rebeldía de su raza se manifiesta en algunos de sus discursos magistrales en los que usó casi siempre con frecuencia las palabras *Humanidad* e *Historia*. . . . Fué un hombre libérrimo que desgraciadamente se dió demasiada cuenta de la vida; rehusó el abrazo negro de la sepultura y ordenó que su cuerpo al morir fuera incinerado. Era demócrata aunque altanero; su política fué

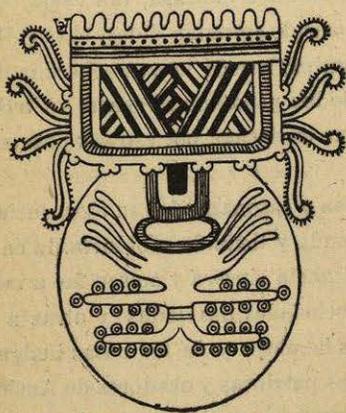
4. CULTURA

siempre digna de su grande inteligencia y de su cultura aristocrática.

La Juventud de su época le escuchó en las cátedras de Historia de la Filosofía, de Literatura, etc. La Muerte quiso amarlo en Italia.

México, noviembre de 1916.

CARLOS PELLICER.



DISCURSO PRONUNCIADO EN HONOR DEL POETA CUBANO JUAN CLEMENTE ZENEA, EN LA SESIÓN SOLEMNE QUE CELEBRÓ EL «LICEO HIDALGO» EL 25 DE AGOSTO DE 1873.

SEÑORES DEL LICEO:

Hace dos años justos, el 25 de agosto de 1871, que un hombre joven aún, en cuya mirada resplandecían el talento, el entusiasmo y el valor, pero cuya blonda cabellera había cubierto el sufrimiento, como para consagrarla, con la santa blancura de la vejez, caía traspasado por las balas españolas en un castillo de la isla de Cuba.

¿Quién era ese hombre, y qué delito había cometido?

Ese hombre era un poeta y un varón justo; y su delito era ese delito sublime que la Historia castiga con la inmortalidad, la Poesía con sus himnos más armoniosos, y la gratitud de los pueblos libres con el altar de los dioses.

Ese delito era el de amar a su Patria y querer redimirla de la esclavitud.

¡Delito tres veces santo, merced al cual el género humano no es un rebaño inmenso conducido por un patriarca antropófago, merced al cual, las naciones, titanes afortunados, no han dejado enseñorearse del Olimpo a la fuerza bruta, merced al cual, nosotros, los hijos del continente de América somos libres, y merced al cual, la misma España se envanece de su nacionalidad y de sus tradiciones, en vez de haber perdido hasta el recuerdo de su origen fenicio o gótico, bajo la sombra del estandarte de los Califas!

Tal fué el delito de Juan Clemente Zenea, hijo de Cuba, antiguo apóstol de la insurrección y una de las glorias más puras de la Poesía Americana.

¡Ah, señores! Yo no puedo aunque quisiera, apartar de mi mente una consideración tristísima, desgarradora, pero que en este momento, es la primera que se me presenta con su espantosa verdad, al pronunciar estas palabras: «*España*», «*Cuba*» «*¡Poesía Americana!*»

En 1803, nació en Cuba uno de los hombres más ilustres con que se honra la América, aquél que más tarde debía ser llamado por los oráculos literarios de España «gran poeta» y que por otra parte no necesitaba de tal calificación, venida de España, pues antes que ésta, un continente entero se la había aplicado ya, en unánime aclamación.

Pues bien: este hombre, Heredia, el gran Heredia, el cantor del Niágara, a los veinte años de

edad, era proscrito por el gobierno español y condenado como él dice «a fatigar con su aspecto errante las playas extranjeras», y en 1839, el noble desterrado, aunque encontrando una segunda patria en nuestra hospitalaria México, aunque admirado, querido y lleno de honores que sus virtudes merecían, exhalaba el último suspiro con la amargura de la expatriación y sin haber podido realizar aquel deseo expresado en uno de sus versos dirigiéndose a Cuba.

«Lúzcame ¡ay! en tu cielo, el sol postrero».

Apenas se eclipsaba aquel astro que se llamó Heredia, cuando ya aparecía otro en el cielo de Cuba y que la negra noche de la tiranía se apresuró a apagar.

Plácido, el apasionado y tierno Plácido, preludiva ya en su harpa melodiosa aquellos cantos que bien pronto encontraron un eco de dolorosa simpatía en todos los corazones americanos.

Plácido era el poeta esclavo, su voz era la voz de una raza inteligente, dulce, desgraciada y condenada al ilotismo, pero cuya armonía sentida era una protesta enérgica contra la injusticia de sus opresores. Esa voz atrajo hacia el cantor cubano la admiración de los corazones libres y generosos, pero algunas frases en que se revelaba el espíritu de Espartaco despertaron al mismo tiempo la suspicacia de la tiranía y... ¡ay! la cuchilla del verdugo hizo pedazos, en breve, aquella harpa encantadora y aquella cabeza juvenil en la

que aún no se marchitaban las guirnaldas concedidas por el númen y colocadas por la admiración.

Plácido fué sacrificado en 1844. También por el delito de querer redimir a su patria.

Ya había nacido entonces el último representante de esta triada sublime de cantores y de mártires, de esta triada adorable de genios con la que se ufanaría cualquiera nación inteligente y con la que se honra la América que ha recogido sus últimos suspiros en el lecho de tortura o al pie del cadalso para sonreírles con su más bella sonrisa de madre y colocarlos en el santuario de sus recuerdos.

Sí: Juan Clemente Zenea ha sido el último de estos poetas patriotas que han fecundado con su sangre bendita la palma cada vez más robusta de la libertad cubana.

Perdonadme, señores, si se me deslizan estas palabras, expresión sincera de mis más íntimos sentimientos de liberal americano, al hablaros por encargo vuestro, del poeta a quien están consagrados los honores de esta sesión solemne. Pero ¿cómo separar la cuestión política de la biografía del poeta? ¿Cómo no hablar del verdugo al deificar a la víctima?

Sería imposible, y a no ser un estudio seco gramatical y frío de las obras de Zenea, nada podría hacerse, ni decirse hoy, sin tocar la cuestión política.

Yo sé muy bien que vosotros no formáis una sociedad política, sino literaria, pero también sé: que soís una reunión de republicanos y de hombres generosos, que condenáis con energía y con imparcialidad los crímenes con que se deshonra toda tiranía, y que sobre todo, habéis decretado este apoteosis al poeta ilustre de quien os hablo, porque supo morir con honor y con valor, porque su muerte fué grandiosa, porque su cadalso es un altar elevado al patriotismo americano.

Si Zenea hubiese muerto como Ovidio, en el destierro, por una falta amorosa que la más elegante poesía no alcanza a engrandecer, no debería hablarse de esa muerte que coronaba una vida de liviandades y de placeres. Si hubiese muerto, como Lucano después de rendir parias a un déspota abominable, desmintiendo así con su conducta el canto de la altivez republicana, habría que apartar de esa muerte, la vista, con disgusto. Si hubiese muerto, como Horacio, pensionado por Mecenas, mimado por Octavio y ebrio con el néctar de las cuevas de Tibur, admiraríamos las odas y las sátiras, pero nosotros, republicanos austeros y adoradores del ideal virtuoso, nos encogeríamos de hombros ante esta muerte de Anacreonte convertido en cortesano.

Pero Zenea, como Milton, según la expresión de Byron, ha muerto, *como había vivido siempre, enemigo de los tiranos*, y más grande todavía que Milton, porque murió en el cadalso, y más gran.

de que el Tasso porque él no sufrió las torturas de la prisión sino por una Eleonora sublime... la Libertad, y porque no manchó su agonía con ninguna de esas debilidades vulgares, con ninguna de esas pasiones mezquinas, con ninguna de esas lágrimas femeniles que sólo puede estimar una juventud degenerada y que sólo recoge un sentimentalismo enfermizo en sus frágiles urnas.

No: Zenea murió por un pensamiento grande, su muerte interesa a los corazones templados y su gloria pertenece a los pueblos.

En dos palabras, puede hacerse la biografía de Zenea. Nació en Cuba, se amamantó con las ideas de independenciam, fué proscrito por la tiranía española, pudo volver y permanecer en su país, pero se expatrió después espontáneamente para no sufrir la esclavitud. Así lo dice él mismo.

Después emigró a México, creyó, porque no esperaba un movimiento de insurrección en Cuba, poder morir tranquilamente aquí, y al llegar a nuestras playas las saludó con una ternura conmovedora. Pero al escuchar el grito del Yara en 1868, abandonó la posición de que disfrutaba en México y voló a los Estados Unidos para trabajar desde allí en favor de la causa que había sido el objeto de sus constantes afanes.

Después, dejando hogar, familia, reposo y la seguridad de la vida, no quiso ya permanecer lejos de su patria y fué a buscar la muerte a Cuba.

Así: habéis tenido razón en consagrarle un Apoteosis. Si con él herís la susceptibilidad de un nacionalismo exagerado y parcial, no tenéis la culpa. La razón es la que condena, la Historia la que habla con su voz incontrastable.

Por otra parte, nosotros, queriendo a España, como nación, no podemos, no debemos sancionar, ni respetar todos los hechos de sus hijos. La fraternidad y la amistad no pueden llevarnos hasta la insensatez, y condenamos ciertos hechos, como condenaríamos los que se han cometido en nuestro país y por compatriotas nuestros desgraciadamente. Ni negamos a nadie el derecho de compartir nuestra reprobación. ¿Cómo negaríamos a un español el derecho de condenar, en nombre de la humanidad el asesinato cometido por Márquez y Miramón en Tacubaya y de que fueron víctimas jóvenes inteligentes e inculpables? Que nos sea dado, pues, condenar en Cuba esos asesinatos de niños cometidos por una chusma brutal de voluntarios y que no puede aprobar ni en autores, ni en ejecutores ningún corazón generoso y valiente. Y que nos sea dado también condenar el sacrificio de un hombre a quien el talento y la gloria debieron hacer invulnerable.

Y que nos sea permitido lamentar en lo más íntimo de nuestro corazón el que un republicano como Castelar, el defensor de todos los derechos, no haya tenido en la tribuna española ni una palabra para proteger la vida de aquel hermano de

ideas, de aquel poeta, de aquel demócrata que del otro lado del Atlántico gimió durante ocho meses en una masmorra del Castillo de la Cabaña, incomunicado, aherrojado, sin poder ni siquiera enviar a la esposa y a la inocente hija una expresión de ternura o el adiós de la muerte.

Lamentémoslo en nombre de la libertad de los hombres, en nombre de la poesía, en nombre del espíritu del siglo XIX, en nombre precisamente de nuestra comunidad de lengua, de civilización, de aspiraciones, porque ¿cuál razón existe para que sean más sangrientas las querellas de familia?

Pero hasta aquí he considerado el hecho que nos privó de la existencia del poeta inmortal a quien honramos.

Debiera hablar de sus obras. Pero ¿os fatigaría con un estudio crítico, yo, el amigo íntimo de Zenea, su hermano, yo a quien él dedicó afectuosamente su magnífico libro sobre la literatura de los Estados Unidos y su admirable traducción de la Oda 6ª del libro III de Horacio, yo que me entristezco leyendo su romance *Fidelia*, que admiro los *Fragmentos en días de esclavitud*, que lloro con el *Album de un moribundo*, con ese pequeño libro que ha hecho palidecer las Prisiones de Silvio Pellico, y ha hecho frías las quejas de Job?

No, yo no haré ese estudio. Yo sólo diré a la juventud del Liceo.

Jóvenes: He ahí un poeta modelo; ese poeta mártir, ese poeta de la libertad americana es el que debéis leer para prepararos a los grandes combates del patriotismo. Esos versos debéis consultar después de haber estudiado las páginas de oro de la poesía griega.

Estudiad la poesía de Horacio; admirad la elegancia de Virgilio; amad y llorad con el amor y el llanto de Tibulo, pero no pulséis la lira jónica sino en los días de descanso y de ocio de las luchas del siglo, de las luchas del espíritu, pero guardad las más poderosas inspiraciones, los más robustos acentos para acompañar con la lira frigia la marcha tempestuosa del mundo moderno, las glorias de los pueblos y los triunfos de la libertad.

Cantad como Tirteo, a la cabeza de las falanges, cantad como Rouget de l'Isle, el orgullo patrio en cien Marsellesas, cantad como Byron para animar a los pueblos oprimidos, cantad como Bello y como Olmedo en estro homérico para ensalzar los hechos de nuestros héroes, cantad como Víctor Hugo para abatir todas las tiranías, como Pettöfi y como Carducci para despertar las nacionalidades aletargadas, y como Plácido para convertir en corrosivo las lágrimas y destrozor las cadenas, y como Zenea para formar en una prisión el proceso del despotismo y convertir el cadalso en el altar sublime de la gloria.

estas palabras, al contemplar lo que pasa en estos días después de la muerte del eminente republicano Adolfo Thiers, esperanza también de la democracia francesa y objeto de odio y de temor para los enemigos de la libertad.

En efecto, después del 3 de septiembre, un grito inmenso de dolor resonó en el mundo entero. Era el grito del pueblo francés que acababa de saber que el más ilustre de sus ciudadanos había dejado de existir. Y la electricidad llevaba instantáneamente este gemido de la noble nación a todos los pueblos del Continente antiguo; y el cable que une como una arteria al través del Atlántico el corazón de la joven América al corazón de la Europa, trajo también a estas comarcas lejanas, algo como las palpitations de angustia de aquel pueblo republicano, de quien nos dividieron, en tiempos recientes, todas las pasiones de la guerra, pero a quien nos unen hoy el mismo culto a la Libertad, las mismas aspiraciones a la civilización y las viejas simpatías que renacen con más fuerza ahora, cuando las heridas han cicatrizado y cuando el infortunio del enemigo nos ha hecho olvidar la enemistad. Por otra parte, yo tengo la convicción de que el pueblo francés nunca fué nuestro enemigo. Lo fué, sí, el hombre funesto que para desgracia de la Francia regía sus destinos, y cuya ambición debía causar, tanto a nuestro país como al suyo, las mayores amarguras.

Así pues, no es extraño que el sentimiento del pueblo francés haya encontrado simpatías en el corazón del pueblo mexicano.

Pero ¿quién es, se preguntaría un hombre llegado ayer a nuestro planeta, o uno de nuestros pósteros estudiando sin más antecedentes los anales de nuestros días, quién es este titán que así conmueve a dos mundos, y cuya muerte ha producido un duelo universal?

¿Por qué, señores, añado yo en este momento, la primera sociedad científica de México, de una nación que hace poco estaba en guerra con la Francia, y que aun no reanuda con ella sus relaciones oficiales, levanta en su seno esta tribuna y convoca en derredor de ella a todas las corporaciones científicas y literarias de esta ciudad, centro de nuestra cultura, y presidida por el Supremo Magistrado de la República, viene a glorificar la memoria de un socio extranjero y a elevarlo al apoteosis, al que concurren, estoy seguro, todos los mexicanos que tributan culto al patriotismo y a la ciencia?

Los títulos de Thiers al amor de sus compatriotas, a la admiración del mundo civilizado y a la profunda simpatía de México, son incontestables.

Ellos se fundan en las tres diversas fases de su carácter personal. Es preciso considerar al buen ciudadano como eminente hombre de Estado, como historiador insigne y sobre todo y más que